

DONDE LA RENTA POR CABEZA ES DE 80 DOLARES

La Española que describiera Colón hace cinco siglos, un poco con alabanzas de mercader, está hoy dividida en dos países. Dos Repúblicas que mantienen sus relaciones diplomáticas, pero cuya frontera común, militarizada, es infranqueable por tierra. Sólo los miembros del Cuerpo Diplomático pueden cruzarla, con un salvoconducto especial y tras premiosos trámites.

De la presunta riqueza de la isla, ¿qué queda? Para la República Dominicana, sobre los dos tercios orientales de la isla, se calcula una renta por habitante y año del orden de los 250 dólares. En Haití, la parte occidental..., no se sabe. Los expertos en estas lides hacen oscilar sus estimaciones entre los 50 y 80 dólares anuales: la renta por habitante más baja, con mucho, de un continente ya definido como subdesarrollado.

Las dos Repúblicas, sobre compartir una base física común y tener unas historias nacionales que se entrecruzan, han «gozado» de una misma experiencia histórica: la dictadura. La muy reciente de Trujillo en Dominicana, a lo largo de treinta y un años, hasta 1961, y, en Haití, la actual de Duvalier, que «sólo» lleva doce años en el ejercicio de la jefatura máxima.

Haití, para completar el cuadro de su singularidad nacional, posee dos elementos diferenciadores del resto de la América Latina: su idioma oficial es el francés y es la única República compuesta totalmente por gentes de color. Estos dos elementos culturales —francés y africano— habrán de ser evaluados correctamente por el estudioso a la hora de interpretar la historia y plantear con rigor las alternativas que se impongan a la estrategia política futura —revolucionaria, sin lugar a dudas— del país.

PARA TURISTAS DESPREOCUPADOS

Con un poco de suerte, cuando el avión que transporta al viajero aterriza o despega del reciente aeropuerto François Duvalier, un «combo» de músicos aburridos interpretará para él alguno de los «merengues» del repertorio.

Los turistas americanos o canadienses que llegan por pocos días para llenarse de colores y folklore exótico, comprar recuerdos de falsa caoba o bellas telas primitivas, satisfacer el erotismo reprimido en su sociedad puritana, se encontrarán a sus anchas. El turista que cumpla su papel de tal como un rito, que se deje llevar por lo sensible y haya guardado su humanidad en casa con los útiles de oficina, quizá se sienta realizado en «su» libertad. Pero la realidad es muy otra.

Sin hacer mucho esfuerzo, uno podría experimentar la kafkiana



HAITI: EL AFRICA AMERICANA DE PAPA DOC

«La Española es maravilla, las sierras y las montañas y las vegas y las campiñas y las tierras tan hermosas y gruesas para plantar y sembrar, para criar ganados de todas suertes, para edificios de villas y lugares. Los puertos de la mar aquí no habría creencia sin vista y de los ríos muchos y grandes aguas, los más de los cuales traen oro... La Española es para verla y no dejarla».

(Carta de Colón a los Reyes Católicos.)

sensación de ser una mosca cogida en una tenue tela de araña. Todos y cada uno de los movimientos del viajero son controlados. El se moverá en libertad, siempre y cuando dance el baile superficial y repetido del «pas à trois» turístico.

Sería prolijo detallar las circunstancias que enmarcan este cerco. Cierta tipo de conversaciones en Haití, cuando se dan entre extranjeros, requieren siempre un tono de voz en una baja nota desusada. Incluso entre el Cuerpo Diplomático. Y cuando uno logra vencer el natural recelo del haitiano,

la conversación se desarrolla entre reticencias y miradas furtivas. La conversación con el haitiano a esos niveles se hace difícil, por otra parte, por el recelo adquirido a su vez por el viajero. Este se ha visto sondeado hábil o burdamente, según los casos, y se tienta mucho la ropa antes de ofrecer su confianza a cualquiera.

PAFA DOC

A finales de 1957, tras un año de total inestabilidad, en el que se sucedieron cinco Gobiernos efímeros, el Ejército buscó su «hombre

de paja» que le permitiese continuar su control de la política nacional. El hombre escogido fue el doctor François Duvalier, electo Presidente el 22 de septiembre de ese año.

François Duvalier era un ensayista, médico, etnólogo y sociólogo de cincuenta años. Hacia los años treinta había sido, con Louis Diquoi y Lorimer Denis, el fundador de un cenáculo literario y una revista: «Les Griots». Había sido una nueva generación la que se había puesto en marcha. Sus ideales éticos, estéticos y políticos podían resumirse en una palabra: «negritud». Aún el término no había sido acuñado por el poeta Aimé Césaire ni puesto en circulación política por Leopold Sedar Senghor, cuando estos jóvenes intelectuales, que se expresaban en el más pulido y académico francés, volvían sus ojos a una cultura y a un continente que llevaban en su sangre: África.

Para comprender en parte la estructura social de Haití hay que partir de un hecho singular: la diferenciación entre negros y mulatos. El mulato ha sido tradicionalmente la élite culta y detentadora del poder económico. Aun cuando luego se produzcan las naturales excepciones a título individual, el sentimiento de superioridad del mulato es unánime. Hasta tal punto, que hay un proverbio créole (la lengua que usa el pueblo haitiano, un francés deformado con palabras españolas, inglesas y africanismos) muy ilustrativo: «milat pòv, cé nèg, nèg rich cé milat». Efectivamente, el mulato pobre es negro, y el negro rico es mulato. La estructura de clases basada en un sustrato racial permanece por encima de los transfugas en uno u otro sentido.

La clase mulata ha permitido la existencia de varios Presidentes negros, sin duda. Ello no era obstáculo —siendo más del noventa por ciento de la población negra—, mientras que el Presidente se acomodase al «status» social establecido.

Duvalier, izado al poder por la clase mulata y su brazo armado, el Ejército, iba a ser, en principio, uno más de la serie de Presidentes negros de la República de Haití. Pero este médico rural, como despectivamente le designaban, de gruesas gafas de concha, no estaba dispuesto a ser uno más, quería el poder absoluto. Y el poder absoluto, ya lo había dicho lord Acton, corrompe absolutamente.

Para combatir al Ejército había que quitarle la fuerza. Pero no a riesgo de quedar el propio poder indefenso ante los otros grupos sociales. ¿Cómo conseguirlo? Con la creación de una fuerza paralela y más poderosa, dependiente directamente del Presidente. Así nacieron los «tontons macoutes».

«Tonton macoute» es una expresión que equivaldría en castellano a la de «hombre del saco». Pero su función social no es tan inocua como la del mito infantil que le ha dado nombre. El «tonton macoute» es respetado, temido y, secretamente, odiado por el pueblo haitiano. Reclutado entre delincuentes comunes y campesinos pobres, constituye una «nueva clase», que se caracteriza por una fidelidad ciega a su jefe, el «Papá Doc», como gusta de ser nombrado Duvalier. El número de «tontons macoutes», de quienes se dice que tienen la mano ávida de disparar, no se sabe. He visto cifras que iban desde los 1.200 a los 15.000. Cifra esta última indudablemente exagerada, dado que el efectivo de fuerzas regulares (Ejército y Policía están fusionados) alcanza los 6.000 hombres.

Para combatir la clase mulata, los elementos han sido: el terror sistemático, la prisión, la muerte y la confiscación de bienes. La clase burguesa le debe devoción plena al jefe. Aquí, como en los tiempos de Trujillo en Dominicana, nadie puede hacer ostentación de riqueza. La riqueza es poder, no se olvide, y cualquier poder hace sombra al que pretende ser poder absoluto.

LA PERLA DE LAS ANTILLAS

Puerto Príncipe, la capital, y Haití entero es un gran mercado de color. El viajero corre el riesgo de embriagarse en una orgía policroma. Árboles, plantas y flores se concitan: el baobab o «mapou», la palmera majestuosa, el cocotero gigante, la buganvilla, el hibiscus, lilas, orquídeas, claveles, hierbas doncella, anémonas... La isla está rodeada de corales y las aguas alcanzan extrañas tonalidades, que van desde el verde amarillento y el azul claro al violeta.

Diariamente llegan veleros al puerto de la capital, y los campesinos arman su tinglado de cambalacheo. Al lado mismo del puerto, el gran mercado permite al viajero adquirir bellas tallas, máscaras, estatuitas, pinturas a precios inverosímiles. El turista puede refugiarse en la tranquilidad de los hoteles recoletos y umbríos, de cierto estilo colonial francés, o salir a la calle y mezclarse con gentes amables y dejarse llevar un poco por el bullicio y el color. Los autobuses de servicio público, con chasis de madera, los «tap-tap», pintarrajeados con los colores más vivos, le ofrecerán a la vista advocaciones y exvotos: «El Eterno es mi pastor», «Nuestra Señora de Fátima», «Si el Señor está conmigo, ¿quién osará atacarme?».

A medida que se asciende a Piétonville va refrescando el clima denso de la ciudad, encerrada en

tre montañas. Aparecen los hogares de la alta burguesía, sus jardines, las casas de dos pisos, algunas con piscina. Más en lo alto, en Kenscof, un clima templado, ya europeo, permite gozar placidamente de la vista de una ciudad que se extiende a lo largo del mar y trepa por las laderas de las montañas.

UNA HISTORIA QUE NO ES ABURRIDA

En 1964, Duvalier se hizo proclamar Presidente vitalicio. Esta aparente prueba de megalomanía parece cerrar un ciclo de lo que pomposamente titula «revolución duvalierista», es decir, consolidación de los cimientos de la dictadura. Me decía un inversionista norteamericano: «Esto es una dictadura. Pero si no existiese, sería peor: no habría más que la anarquía». **Business are business**, está claro.

Habría que echar marcha atrás en la Historia para comprobar un hecho curioso: que los métodos de Duvalier y sus ansias de poder no constituyen la excepción, sino la regla del devenir político de Haití, la primera República negra de dos continentes.

Ya en 1811, Henri Christophe, uno de los héroes de la independencia, llegó a ser: «Enrique, por la gracia de Dios y la ley constitucional del Estado, Rey de Haití, soberano de Tortuga, Gonave y otras islas adyacentes, destructor de la tiranía, regenerador y benefactor de la nación haitiana, creador de sus instituciones morales, políticas y marciales, primer monarca coronado del nuevo mundo, defensor de la fe y fundador de la Real y Militar Orden de San Enrique». Nueve años más tarde, previendo ser derrocado, se quitó de en medio con una bala de oro apercebida para tal ocasión.

De su recuerdo queda la impresionante Citadelle La Ferrière, que Lindbergh considerara como octava maravilla del mundo, palacio y fortaleza inexpugnable, en lo alto de montañas y en cuya construcción, se calcula, murieron veinte mil haitianos.

Tras la efímera independencia de 1801, con la gigantesca figura política y militar de Toussaint Louverture, el general ex esclavo, Haití obtuvo por fin, después de muerto éste, la independencia definitiva en 1804. El general victorioso, Dessalines, ejecutó ya la primera veleidad megalomana: se autoproclamó Emperador, como Jacques I. Antes de tres años moría asesinado.

De entonces para acá, Haití ha tenido treinta y tantos Jefes de Estado, casi todos depuestos y algunos asesinados. Quizá el magnicidio más espectacular haya sido el de Cincinnatus Leconte, que en 1912 saltó, por los aires con

el Palacio Nacional y trescientos soldados de su guardia. El ser proclamado Rey, Emperador y, sobre todo, Presidente vitalicio ha sido práctica común en numerosos Jefes de Estado hasta nuestros días.

En 1915, los «marines» norteamericanos desembarcaron en Haití. Habrían de quedarse allí durante diecinueve años. La ocasión la encontraron en el asesinato, y posterior vejación de sus restos, del Presidente Vilbrun Guillaume Sam, que se había refugiado en la Legación de Francia. Los intereses de los súbditos estadounidenses peligraban; había que poner orden.

Esta es, en definitiva, la aspiración de Duvalier: poner orden. La aspiración misma de todos los que le han precedido. Poner orden para hacer las cosas bien. Y en su preocupación por poner orden cambian de lugar las fichas en el tablero de ajedrez, constantemente, las fichas que habrá de reordenar el sucesor. Y en esta preocupación obsesional, nada más pasa. Peón-tres-alfil-rey. Un nuevo escaque. Es la viejísima partida que empezaron hace muchos años, sin levantar la vista del tablero. Aún parece que el pueblo no ha decidido que lo que hay que cambiar no son los peones, sino el juego mismo.

AFRICA EN EL CARIBE

Es una metáfora fácil, sin duda, decir que Haití es un trozo de África incrustado en Latinoamérica. Pero qué le vamos a hacer si es cierto.

La presencia africana es una presencia cultural y vital. Ha quedado en el idioma, en la ambientación, en el color, en el ritmo, en la vida de relación, la actitud religiosa. Esto último se aprecia en un fenómeno que aún conserva su vitalidad: el vudú.

Al turista se le ofrece la oportunidad de asistir por unos pocos dólares «a una auténtica ceremonia vudú»: un espectáculo entre lo revisteril y lo circense, en el que, indudablemente, aún quedan formas y ritos religiosos. Pero difícilmente podría ser la «auténtica ceremonia» que reza la propaganda en inglés si «la reunión para el verdadero vudú, para el que menos ha perdido de su pureza primitiva, no tiene lugar más que secretamente, cuando la noche extiende su sombra, y en un lugar cerrado y al abrigo de todo ojo profano», como escribía Moreau de Saint-Méry. Pensar otra cosa sería tan abracadabrante como que la Iglesia católica vendiese boletos para la asistencia a sus cultos o que hubiese entrada libre a las reuniones de las logias masónicas.

El vudú es una religión con sus Iglesias (los hufós), sus sacerdotes (húga o mábo) y sus cultos a los «loas». Estos no son dioses,

aunque se crea así comúnmente. Son misterios o ángeles —y en algunas regiones del Norte, santos—, generalmente ángeles rebeldes a Dios. Porque el practicante del vudú, originariamente, cree en un Dios abstracto, todopoderoso. Y los loas vienen a ser lo que, en otros módulos culturales, se designarían como «santos de devoción».

Hay carencia de datos históricos para la interpretación del origen del vudú, a partir de la importación masiva, a golpes de látigo, de los esclavos negros de las costas de Dahomey. Emmanuel C. Paul, en su interesante libro «Panorama du Folklore Haïtien. Présence Africaine en Haïti», escribe que «no hay, hablando en propiedad, una teoría explicativa de la formación del vudú haitiano. Los autores se refieren a las manifestaciones espirituales de los antiguos esclavos de Santo Domingo, particularmente a un escrito anónimo de 1750 y a la anotación que sobre ello ha dejado Moreau de Saint-Méry, para establecer la filiación histórica de la religión popular. Completan esta explicación admitiendo con Price Mars que la cohesión religiosa está en relación con las reuniones secretas que se multiplicaron cuando el recrudescimiento del «marronaje» en la víspera de nuestra Revolución».

Los factores que propiciarían las condiciones objetivas para el nacimiento del vudú serían: 1) El desarrollo económico, pues a finales del siglo XVIII, Santo Domingo era la colonia francesa más importante; 2) la subsiguiente necesidad de mano de obra (en 1775 había unos 250.000 esclavos, y en 1789, más del doble); 3) el advenimiento de una nueva clase social, los «sangre-mezclada», que detentaban un tercio de la fortuna de la colonia; y 4) la situación revolucionaria de la metrópoli. Estas condiciones darían lugar a que los explotados fueran tomando conciencia de unidad, pese a las diferencias dialectales, y les llevarían a buscar un potente mecanismo de protección colectiva en un cuerpo de doctrinas donde las creencias, los ritos y las prácticas de unos y otros asociados pudieran tener el máximo de eficacia.

La influencia social del vudú hoy día es evidente. Intelectuales y artistas no se recatan de reconocer el peso que sobre ellos ejerce esta cultura. Poetas y pintores han dedicado su mejor inspiración a él, pese a ciertas deformaciones grotescas y sanguinarias en que han derivado algunos ritos. La mayoría de los campesinos, analfabetos, están adscritos a algún hufó. Se sienten integrados, protegidos, de él reciben consejo, a través de él regularizan sus relaciones oníricas o de posesión con los loas, se inmunizan contra ciertas enfermedades sobrenatura-

HAITI: EL AFRICA AMERICANA DE PAPA DOC

les, se liberan de sus pasiones. El campesino haitiano, pobre de solemnidad, reservará siempre una parte de sus exiguos ingresos al mantenimiento de su hufó.

Con todo, la religión oficial es la católica.

En 1941, con el asentimiento del Presidente Lescot, el clero católico llevó a cabo, sin ningún tacto, una campaña de erradicación del vudú. El éxito aparente deslumbraba a cualquiera; el diario católico «La Phalange» hablaba de 200.000 convertidos en pocos meses. Al poco tiempo, este celo misionero debe desaparecer: no se puede trasladar montañas con las manos.

Le preguntaba a un sacerdote francés sobre las creencias de sus feligreses. Se encogió de hombros. «Cumplen —me dijo—. De vez en cuando nos enteramos de sus prácticas de vudú, pero siempre es por algún chivatazo. Alguien envidioso que quiere ganarse nuestro favor en vez del denunciado. Y ese alguien, seguramente, también practicará el vudú». Así, pues, una superposición de dos culturas religiosas crea el entramado de la espiritualidad haitiana. Fenómeno que, para bien o para mal, todos los políticos del país han debido constatar.

SANGRE, SUDOR Y... RITMO

El poeta Carl Brouard escribía este poema, «Vosotros», en 1927:

«Vosotros,
los pordioseros
los inmundos,
las hediondas
campesinas que descendéis de
[nuestros cerros
con un chaval en el vientre,
campesinos callados con los pies
[surcados de podredumbre,
putas,
lislados que arrastráis vuestros
[hedores cargados de moscas.
Vosotros,
pleve toda,
¡en pie!
para el gran escobazo.
Vosotros sois los pilares del
retiraos, [edificio:
y todo se derrumbará, castillo de
Entonces, entonces [cartas.
comprenderéis que sois una gran
que se ignora. [ola
¡Oh!, ola,
reuníos,
agitaos,
mugid,
y bajo vuestra mortaja de es-
no subsista ya nada, [corias
nada
más que lo limpio,
lo lavado,
lo emblanquecido hasta los
[huesos».

No ha pasado el tiempo, a lo que parece, desde aquella lejana fecha, para Haití.

En cada cruce de caminos, cuatro palos cruzados arman el tingladillo de feria. Proliferan los mercados



«La etapa de consolidación del régimen parece clausurada».

de pobres en los que todos tienen lo mismo que ofrecer: cuatro patatas, un puñado de mijo, fruta... Un mercadito, otro mercadito. Por la noche, el mercado sigue. No hay a dónde ir, no vale la pena recoger el tinglado, las distancias son grandes. Un rosario de luces de petróleo tilla bajo la noche del trópico y da un aspecto fantasmal al escaso cambalache. Y cuando hay que dormir, se duerme donde se puede. Las mujeres que descienden diariamente, la cesta en la cabeza, erguidas, hacia Puerto Príncipe, al caer la noche o treinta kilómetros cuesta arriba y se alinean arrebujadas a lo largo de la avenida Dessalines, una de las principales arterias de la ciudad.

Alguien dijo alguna vez que las estadísticas en América Latina son pura poesía. En el caso de Haití habría que pensar en poesía ultraísta al menos.

Haití tiene unos cuatro millones y medio de habitantes, de los cuales entre un 80 y un 90 por ciento son analfabetos. Coadyuvan a tan grave fenómeno la exigüidad del presupuesto educacional, la dificultad de comunicaciones y el sistema educacional, ya que la enseñanza se imparte en francés a una población que se expresa en créole. Y el créole, por otra parte, es una lengua «hablada», que ca-

rece de reglas gramaticales para su expresión escrita. Esta población no se desarrolla al nivel galopante de otros países latinoamericanos, como El Salvador o Venezuela, por ejemplo, debido a la gran mortalidad infantil y a la limitada esperanza de vida al nacer, de unos cuarenta y tres años. Con los que la presión poblacional (164 habitantes por kilómetro cuadrado, una de las densidades más altas del continente) encuentra ahí una dolorosa válvula de escape.

La población de Haití es fundamentalmente campesina, un 83 por ciento del total. Y la tierra está enormemente parcelada. Así, pues, no cabe la esperanza de una reforma agraria, entendida al modo y manera de la «parcelación» para resolver los problemas económicos y sociales del pueblo haitiano. La solución vendría por otro camino: el de la planificación, tecnificación agrícola, concentración en unidades rentables, diversificación de cultivos... En esta tierra, en gran parte no cultivable (Haití significa en el caribe primitivo «tierra de montañas»), se produce café, que supone más del 50 por ciento de las exportaciones; sisal, cacar y algodón, principalmente. Hay también bauxita, sal y cobre, y una ganadería de vacas, cabras, ovejas y cerdos. Los monopolios United Fruit Company (bajo la firma Haitian Bananas), la Société Haitianoaméricaine, para el sisal, y la empresa Hasco, para el azúcar, dominan la economía del país.

Marcel Niedergang recoge los trabajos de Daniel Arty y Leyburn que explican las causas esenciales del declive económico de la República de Haití. La decadencia de la agricultura de lo que fue la perla de las Antillas se explica ante todo por el mal reparto de tierras. Los pequeños campesinos han recibido siempre en reparto las tierras más pobres. La enumeración concreta de las causas esenciales del declive sería la siguiente: 1) Los excesos del militarismo, el mantenimiento de un Ejército pletórico que ha drenado los recursos públicos; 2) los métodos arcaicos de agricultura; 3) la deuda francesa que el Gobierno haitiano ha tardado sesenta años en reembolsar; 4) el sistema aduanero, donde la conclusión era la regla; 5) el desconocimiento de las reglas del mercado internacional; 6) la preponderancia excesiva del café; 7) la inestabilidad política crónica; y 8) la indiferencia de las élites ante toda actividad lucrativa.

El campesino haitiano, que difícilmente puede ganar los 0,70 dólares que rigen actualmente como salario mínimo de los empleados, se ha visto forzado a emigraciones estacionales a Santo Domingo. En la época de la zafra, los macheteros haitianos pasaban a millares la frontera prestos a cortar

la caña de azúcar. Al acabar la temporada, regresaban si no podían escaquearse y quedarse camuflados en el vecino país. En octubre de 1937, Trujillo mandó asesinar a 15.000 haitianos, sin ninguna razón aparente. Luego hubo disculpas y una indemnización de 750.000 dólares. Así fue tasada la vida de un trabajador haitiano: ni más ni menos que en 50 dólares.

La miseria se soslaya con el fatalismo. Y cuando el calor del trópico aprieta y la esperanza corre el riesgo de quebrarse, siempre queda el recurso del ritmo, la espita regulada del frenesí. La banda, la chica colonial, el merengue son ritmos del trópico, pero del trópico haitiano, bailados más a compás de los riñones que de los pies. Y como amenizadora de fiesta, los días no laborables interpreta en los Champs de Mars la Banda Militar. Una banda más habituada al merengue que a la marcha.

LAS RELACIONES DUVALIER-USA

Cuando, el 2 de junio del año pasado, Nelson Rockefeller arribó a Haití, gozó del más apoteósico recibimiento de su triste jira. Mientras tanto, en el país vecino, Dominicana, el anuncio de su visita costaba cuatro muertos y algunos heridos más.

La visita del enviado especial de Nixon era de extrema importancia para Papá Doc: la oportunidad de reafirmar ciertos lazos formales y económicos. Gallardetes y banderolas haitianas y estadounidenses a todo pasto, fiesta nacional, requisita de automóviles para la efemérides, manifestaciones masivas a golpe de «tontons macoutes».

Los Estados Unidos saben que el régimen de Duvalier no es precisamente un modelo de libertades democráticas y mantienen ciertas reticencias con respecto a él. A raíz de discrepancias sobre el uso de la ayuda económica americana, ésta fue suspendida. Oficialmente, los Estados Unidos sólo otorgan anualmente un millón y medio de dólares para el control de la malaria. Y la inversión privada mantiene cierta estabilidad.

La Coalición Haitiana, en Nueva York, agrupa a exiliados liberales de derecha dispuestos a tomar en cualquier momento el relevo de Duvalier. Ocho pequeños intentos de invasión han sido organizados en Florida y de ahí han debido partir los tres ataques aéreos que pretendieron bombardear el Palacio Nacional. Los Estados Unidos no se definen al respecto. Para ellos, después de la experiencia cubana, el régimen de Duvalier es un mal menor. Bueno está lo bueno como para andar jugando con fuego.

En esta situación, François Duvalier ha podido sacar su tajada adoptando siempre la táctica del chantaje. Así, cuando la conferencia de Punta del Este, en enero de 1962, en que la OEA excluyó de su seno al régimen cubano, Duvalier dio su golpe teatral. El delegado de Haití se opuso a toda sanción contra Cuba. Después, acabó votando por la exclusión. Al día siguiente se supo que los Estados Unidos acababan de otorgar un nuevo préstamo al Gobierno haitiano.

En los últimos tiempos parece apreciarse un mayor acercamiento entre ambos países. Estados Unidos aceptaría, con un espíritu pragmático, la situación de hecho del régimen duvalierista. Pondría ciertas condiciones de apertura política, sin descartar por ello la baza de un reemplazo político más o menos lejano.

UN FUTURO QUE NO SE PUEDE PREVER

Puerto Príncipe es una de las capitales más seguras del continente, en ella el delito común es muy escaso. No hay patrullas militares en las calles y cada vez los «tontos macoutes» hacen menos acto de presencia activa. Se confinan en sus cuarteles y en los puestos de control que riegan las carreteras del país. La etapa de consolidación del régimen parece clausurada. Pese a los conatos de invasión y a algunas conspiraciones, abortadas ya a nivel de proyecto.

Sólo el Palacio Nacional, una bella «Casa Blanca» con jardines, manifiesta una situación de fuerza. Antiaéreos en los jardines, tanques acantonados junto al edificio y el mayor cuartel del Ejército frente por frente del Palacio Nacional.

El día 2 de junio del año pasado, según informaciones oficiales, la Policía tuvo una refriega con los miembros del Comité Central del Partido Comunista, reunidos en una casa. De resultas de la misma hubo cuatro policías heridos y los veintidós miembros del Partido muertos. Así, como suena. Claro que algunos de los nombres de la lista es la quinta vez que son exterminados por las fuerzas del orden. Frecuentemente, la prensa recoge «memorándums» del Ministerio del Interior sobre alguna de las organizaciones políticas, sindicales, estudiantiles o religiosas que están prohibidas. Hay que recordarle, a quien sepa leer, que la vigilancia está atenta.

Con un exiguo presupuesto nacional de treinta y tantos millones de dólares, poca cosa se puede hacer. Máxime si las fuerzas armadas absorben el 30 por ciento del total. Los problemas sociales básicos, educación, sanidad, vivienda, parecen insolubles. Las obras de infraestructura prácticamente no existen. En 1968 se han

realizado unos quince kilómetros de carreteras. Y como única obra actual de cierta envergadura está la financiación por el Gobierno de cinco millones de dólares para un proyecto hidroeléctrico en la presa de Pelligre; una firma italiana, la Grupo Industrie Electromechaniche, está realizando la obra con vigilancia de las Naciones Unidas.

En estas circunstancias, tratar de avizorar el futuro no será tarea nada fácil. Si las tesis de Salvador de Madariaga de que las dictaduras de derecha favorecen objetivamente al comunismo y de que el fascismo es comunista en lo económico y el comunismo, fascista en lo político, fuesen ciertas, no habría más que hablar. Según esto, bastaba con cambiar el color del dogal y sanseacabó. Pero me temo que ello no sea así de fácil y requiera algunas puntualizaciones.

Por una parte, la clase burguesa haitiana se ha mostrado históricamente incapaz de afrontar los problemas del país. No ha tenido contenido económico, no ha sido una clase productiva, al nivel que en Europa lo fue cuando el desarrollo capitalista. No ha explotado formas de producción capitalistas, no ha concentrado, por consiguiente, unos medios de producción modernos. La clase burguesa ha sido tradicionalmente una reducida élite cultural: profesionales liberales, burócratas comerciantes... No ha tenido, en definitiva, conciencia histórica. Por otra parte, el pueblo haitiano, campesino, analfabeto, paupérrimo, fatalista y rústico, carece hoy por hoy de capacidad organizativa, de conciencia de masa, no está en condiciones de ofrecer una alternativa coherente. Tras siglos de explotación, como esclavo o como «libre», sus explosiones han sido emocionales y anárquicas, han experimentado repetidas veces escisiones nacionales, y de cobijarse bajo alguna bandera, la suya sería, a todas luces, la negra del anarquismo.

Cuentan que, «sotto voce», hay varios comunistas en el Gobierno de Duvalier. En ese caso nos encontraríamos ante una paradoja similar a la de Cuba cuando Batista. Pero ahí acabarían las analogías entre ambos países: el problema de la propiedad de la tierra, el nivel de industrialización y la conciencia campesina son muy diferentes a los de la Cuba prerrevolucionaria.

Está claro que cualquier alternativa burguesa no resolvería el problema del pueblo haitiano. No supondría más que una reestructuración de las piezas en el tablero de ajedrez, un nuevo reparto de fuerzas, un reajuste de influencias. La solución ha de venir, a nivel popular, de quien sepa movilizar a las masas campesinas, dotarlas de organización, despertar su conciencia y hacer que alcancen el protagonismo histórico que por siglos se les ha negado. ■ ENRIQUE ARIAS VEGA.



EL NUEVO JUEGO DE LA DEPRESION

WASHINGTON.—El último juego de salón en los Estados Unidos se llama depresión. Solamente es comparable en popularidad al viejo juego de las «charadas».

El objeto del juego, que puede realizarse bajo techo o al aire libre, bien en fiestas, cócteles, comidas o con cualquier otro motivo, consiste en deprimir a la otra persona más de lo que ella pueda deprimirle a uno. La mayoría de los norteamericanos lo han practicado sin darse cuenta. He aquí unos ejemplos.

Jones, al ir a servirse una copa durante un cóctel, dice: «Nunca estubo el país peor».

Evans contesta: «Los muchachos ya no se preocupan por nada».

Jones: «No respetan siquiera los valores morales».

Evans: «Si no se les pusiera todo en bandeja, no atacarían tanto al sistema».

Jones, atacando por los lados: «Deberían tener una mayor preparación antes de decirnos lo que debemos hacer».

Evans: «Lo que deberían hacer es bañarse y cortarse el pelo».

Jones, contraatacando: «Sólo quieren hablar. No escuchan».

Evans: «La situación es muy mala».

Jones, que ha perdido un punto: «Ciertamente».

Evans ganó el juego porque consiguió deprimir más a Jones que éste a aquél. No obstante, el juego había ido muy igualado.

Depresión se ha hecho muy popular entre los estudiantes. He aquí un encuentro doble en una cafetería.

La joven sirve: «Nunca he visto al país en peor forma».

El muchacho responde: «Nadie nos comprende».

El compañero de la joven: «No consigo comprender a mis padres».

La compañera del muchacho devuelve la pelota: «Lo único que les preocupa es el dinero, sólo el dinero».

La joven: «Ya no tenemos razón de vivir».

El muchacho: «No podemos hacer planes para el futuro».

La joven: «A nadie le interesa ya lo que nos sucede».

La compañera del joven: «Nadie nos ama».

La joven primera: «Todo lo que dicen es que nos tenemos que cortar el pelo».

El joven: «Son unos hipócritas».

El compañero de la joven: «Desearía estar muerto».

La compañera del muchacho: «Yo desearía estar más muerta que tú».

La joven: «Todos llegaremos a estar muertos, queramos a no».

El muchacho: «¡Oh, qué obsesión!».

Este encuentro terminó con empate, y se acordó jugar el desempate al otro día, a la misma hora.

Mientras el juego se practica en todo el país (¿quién olvidará los de Wall Street el mes pasado?), Washington sigue estando considerado como el lugar principal de los juegos y es difícil escaparse. Si alguien te desea deprimir con la guerra, puedes responderle con la inflación, y si pretende deprimirte con las disensiones del equipo Nixon, puedes contraatacar hablando de la Administración. Hay tantos temas que se está haciendo imposible deprimir a otro más de lo que nos pueda deprimir él.

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)